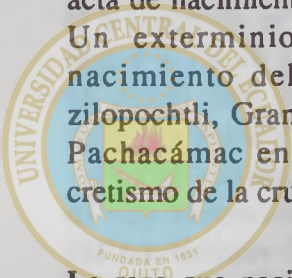


QUINIENTOS AÑOS DESPUES, LA UTOPIA DESPIERTA

Un encuentro plagado de desencuentros.
Un laberinto de soledades que rubricó el
acta de nacimiento de una raza mestiza.
Un exterminio que determinó el
nacimiento del capitalismo. Huit-
zilopochtli, Gran Abuela Ocultadora y
Pachacámac entreverados en el sin-
cretismo de la cruz.



La raza que nació de los escombros se
descubrió desnuda y empezó a caminar
por el mundo, porque había que inven-
tarlo. Quinientos años son mucho tiem-
po. Son mucha historia. Son demasiadas
víctimas. En ese período una mixtura de
arcillas fueron formando pueblos, con-
ciencias, recuerdos, historias. Darcy
Ribeiro habla de la “morenidad” de
América Latina como el referente que
explica el mundo que nace del mestiza-
je. Lo cierto es que hasta ahora no sabe-
mos exactamente cómo hizo la “raza de
bronce” para resistir quinientos años
como cultura, como pueblo, como
idioma, como sangre y hasta como seres

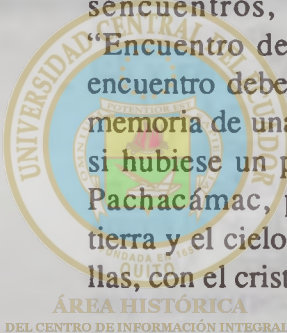
humanos. Es un misterio insondable el conocer de qué olvidadas artes de nigromancia tuvo que valerse este pueblo para no diluirse en el mestizaje, para aferrarse con la desesperación del viento a una cultura que occidente despreció hasta el exterminio.

Porque se necesita de una indiferencia del tamaño de la complicidad, como para no saber que todos hicimos hasta lo imposible por ocultarlos, por olvidarlos, por despreciarlos. Pero se aferraron a la tierra, que siempre fue de ellos y que aún no hemos devuelto, con raíces de silencio y obstinación. Y están allí, para irnos recordando la vergüenza de no tener identidad, para demostrar que la esperanza a veces suele vestirse con los colores del arco iris.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El pretexto del quinto centenario nos obligó a reparar en ellos, a mirarlos. Desde el folclore de lo autóctono hasta la curiosidad de lo antropológico. El discurso del poder los trata casi como a seres humanos, pero les niega el derecho a la tierra, que es como decir el derecho a la vida. El doce de octubre, a lo Rodrigo de Triana, la clase dominante grita: ¡indios! como quien descubre la historia y por el artilugio de una magia incomprensible empiezan a existir para la Europa de afuera y de adentro.

Graves momentos son aquellos en los cuales la palabra pierde su sangre, su vida y dice todo lo que ella no es. El sistema habla y pronuncia silencios que producen distancias y generan abismos. En esa prosa del silencio se va escribiendo una historia que no es la historia de la América india y mestiza; que miente al pasado como una forma de negar el futuro. Que inventa próceres para esconder pueblos. Que canta himnos para no cantar a la vida. En ese lenguaje de desencuentros, hoy, se habla del “Encuentro de dos culturas”. Extraño encuentro debe ser éste que perpetua la memoria de una raza en el olvido. Como si hubiese un punto de encuentro entre Pachacámac, principio creador de la tierra y el cielo, del universo y las estrellas, con el cristianismo.



Sin embargo, y más allá de las celebraciones oficiales, América india y mestiza, es también la tierra donde la realidad derrota a la imaginación más audaz. Es esa provincia de incertidumbres que empieza en Comala y se extiende hasta Macondo. Es esa morenidad que mezcla a Maestro Mago del Alba con los orichas. La raza del maíz con el muntu. El portentoso y omnipotente Odumare con los “Poderosos del cielo”. El terrible Changó con el sanguinario Huitzilopochtli. El principio supremo de Pa-

chacámac con Odumare Nzame. Es esa mixtura que fue formando un barro único que reza a Santa Bárbara pero que realmente ve a Changó, que baila en las fiestas de San Juan pero que conserva intacto el aroma del recuerdo del Inti Raimi.

América Latina palpita, siente, vive, sufre, sangra y lucha por debajo de esa costra de indiferencia y de abatimiento que el capitalismo genera "ex-professo". Ahora es parte del Sur, de ese Sur que aún ve en las estrellas los sueños de Tezcatlipoca, de Raxa Cakulha y del gran Huracán. Que construye a pedacitos la utopía que cotidianamente le niegan. Que se empeña, obstinadamente, en soñar con una Patria que tiene el aroma del pan recién salido del horno. América india y mestiza, es un continente que bulle, y que le ha prometido a todo el mundo demostrar que la Tierra es redonda como una naranja.

Dr. Tiberio Jurado Cevallos
RECTOR